

DOMINGO 7 DE SEPTIEMBRE DE 2003 ■ MEXICO D.F., AÑO DIECINUEVE ■ NUMERO 6836

El Partido Popular, derecha fanfarrona y asesina: el músico vasco Muguruza

□ Evita nuevo obstáculo y cierra gira con Manu Chao en Barcelona

JORGE CABALLERO

PÁG 8a

Condena Al Jazeera la aprehensión de su reportero, que había entrevistado a Aznar

PÁG 28

Detiene Sedena al peruano El Tío Ríos; los Arellano y los Carrillo, sus socios

GUSTAVO CASTILLO GARCIA

PÁG 39

Echar del CEN a Gordillo, línea de la Comisión Política Permanente del PRI

ROBERTO GARDUÑO

PÁG 3

HOY
masiosare
La Jornada
semanal

Laura Alicia Garza Galindo	6
Francisco López Bárcenas	13
Rolando Cordera Campos	20
Antonio Gershenson	20
Guillermo Almeyra	21
Néstor de Buen	21
José Antonio Rojas Nieto	24
José Agustín Ortiz Pinchetti	37
Angeles González Gamio	38
Carlos Bonfil	4a
Barbara Jacobs	5a

OPINION

MAR DE HISTORIAS

“Sólo progreso”

■ CRISTINA PACHECO

Hace más de una hora terminaron la verbena y el mitin. El viento húmedo vuelve a soplar con fuerza. Se agitan los pendones y estandartes que cuelgan de los árboles. Algunos se desprenden y caen al suelo. El emblema del partido, la imagen del candidato y su frase de campaña “Sólo progreso” se hunden en los charcos.

A unos metros de la calle principal, los dueños de la feria protegen con lonas sus juegos mecánicos. En el zócalo, mientras una cuadrilla de trabajadores desmonta las tribunas y los músicos terminan de guardar sus instrumentos, los menesterosos rescatan de la basura mantas y banderolas para incorporarlas a sus viviendas. Esta noche habrá en el pueblo ventanas, pisos, techos, puertas de “Sólo progreso”.

Desde los quicios de los comercios, los dependientes agitan las manos para despedir a la comitiva que está a punto de abordar las camionetas. Por la ventanilla de la primera se asoma el chofer:

—Santos: ¿por dónde salgo para la autopista?

—No sé, déjame preguntarle al licenciado Márquez.

El aludido, un hombre maduro con chamarra de piel y lentes negros, oye que lo nombran y se acerca:

—¿Para qué soy bueno?

—Emigdio quiere saber cómo salir más rápido—. Santos se frota el cuello. —¿Qué pinche pueblo! No hay ni señalamientos.

Márquez responde con una sonrisa cínica:

—Eso también lo vamos a cambiar, tú nomás espérate—. Luego se dirige a Santos: —Te vas derecho. Cuando llegues a una y griega tomas a la izquierda. Pasas las vías y subes un puente. Bajando das vuelta en u y a cien metros encuentras la autopista.

—Como quien dice: muy fácil —comenta el chofer. Sube la ventanilla y se aleja. Lo siguen jaurías y un grupo de niños que sin medir el peligro, intentan subirse a la defensa trasera.

Santos y Márquez observan la escena desde el zócalo.

—¡Pinches escuincles! A ver si se rompen una pata y luego nos hacen cargos —dice Santos, asombrado por la osadía de los niños.

—Después de que todo salió tan bien, sería una chingadera —responde Márquez.

—Lo de que una chava le entregara el ramo de flores al candidato estuvo que ni mandado hacer. ¿Cómo se te ocurrió?

—Cuando vi que Emigdio tenía puras viejitas para la foto dije: eso es el pasado. Tenemos que hacer algo para que la gente sepa que trabajamos para el futuro. Entonces llegó la muchacha a dejarnos unos refrescos. La vi medio simpaticona y le ordené a Emigdio: “Ve por ella. Está perfecta para que le dé la bienvenida a nuestro candidato”.

—Y también para alegrarle el ojo. ¿Por qué no? —Santos suelta una carcajada. —Y el discurso de la chava, ¿a qué horas lo escribiste?

—Nadie lo hizo. A ella le salió de su ronco pecho.

—Pues estuvo muy bien. Te juro que cuando habló de que sus padres habían tenido que irse a Oregon porque aquí no hay trabajo, se me enchinó el cuero. ¿Notaste que el candidato también se emocionó?

—Pues sí, pero ojalá que eso se vea en las fotos. El candidato quiere revisarlas hoy mismo. ¿Se lo dijiste a Mendiola?

—Sí, y también por eso lo mandé con la escolta—. Santos ve a una mujer que, desde el otro lado del andador, le hace señas: —¿Me busca a mí?

—No. Quería hablar con el licenciado. No le quito nada de tiempo. Ya sé que él tiene mucha prisa.

Márquez oculta su impaciencia tras un gesto de cordialidad y va al encuentro de la mujer:

—Dígame, señora, ¿en qué puedo servirla?

—Yo nomás quería pedirle la foto. Quedó de mandármela y creo que se le olvidó, porque no la he recibido.

—Somos rápidos, pero no tanto, señora... Ya di instrucciones para que mi asistente les mande sus fotos a todas las personas que se retrataron con el candidato—. Impide que la mujer lo interrumpa: —No se preocupe: él se encargó de tomar los nombres y las direcciones de cada una y cada uno de ustedes.

—No, yo digo las fotos de la otra vez que vino. ¿Qué, no se acuerda? Cuando la campaña anterior usted ordenó que me fotografiaran con don Rodrigo. Entonces él era el candidato y ahora le tocó a su hijo. Y se parecen bastante, nomás que el señor grande usaba bigotes.

—Usa. Todavía vive —rectifica Márquez, solemne.

—¡Qué bueno! Ha de estar muy contento de que le siga los pasos el hijo. A ver si él sí nos cumple con lo del apoyo al campo, para que la gente no siga yéndose de aquí.

Márquez chasquea los dedos:

—¡Ya me acordé! Usted es Lugarda...

—No es mi culpa: mis papacitos me pusieron ese nombre.

PLEITO EN EL ZOCALO



JOSE ANTONIO LOPEZ

El jefe del GDF, Andrés Manuel López Obrador, inauguró el torneo Puños de Oro. En entrevista previa, declinó subirse al ring político con sus homólogos Arturo Montiel Rojas, mexiquense, y Miguel Alemán, veracruzano, y sólo ofreció “amor y paz”

PÁG 38 y 32a

—...y llegó al mitin con una niñita agarrada de la mano.

—Es Rosa, la que habló hace un rato—. Lugarda advierte la extrañeza de Márquez: —Comprendo que no la reconozca, porque ya pasó mucho tiempo. A veces me quedo viendo a mi nieta y digo: ¿cómo es posible que esta muchacha sea la criatura que me dejaron sus papás hace diecisiete años, cuando se fueron a Estados Unidos? Aquella foto en que las dos salimos con don Rodrigo es la única que le tomaron a Rosa de chiquita, por eso quiero tenerla. ¿Me la podrá mandar?

—Sí, claro —responde Márquez, distraído. Lugarda se dirige a Santos:

—¿Usted me hará el favor de recordármelo? —Se vuelve a Márquez: —Pero de veras, y que no pasen otros diecisiete años, porque a lo mejor para entonces ya no estoy en este mundo.

—No diga eso: se ve muy bien. Está igualita.

—Tanto que ni me reconoció. En cambio yo, en cuanto lo vi dije: “Ay, pero si es el licenciado Márquez, el mismo que vino la otra vez con don Rodrigo”. Lugarda entrecierra los ojos: —¿Cómo es la vida, verdad? Volvimos a encontrarnos y en las mismas: usted en sus mítnes y yo en el pueblo. Lo único distinto es que ahora le tocó a mi nietecita salir fotografiada con el candidato. Es natural que la hayan preferido: Rosa está joven.

—Y es muy inteligente. Felicítela porque habló muy bien.

—Se lo voy a decir para que le dé gusto, licenciado.

—¿Su nieta estudia? —pregunta Márquez.

—Ya no. Tuve que sacarla de la escuela porque yo solita no puedo sembrar. Y así vamos a seguirle, mientras no se le ocurra a mi muchacha irse para Estados Unidos con sus papás.

—¿Qué, ellos no piensan volver?

—Sí, pero yo misma los desanimo. ¿A qué se regresan? La tierra está cansada y rinde muy poquito; además, ellos ya no quieren trabajar el campo.

—Bueno, pero podrían dedicarse a otra cosa.

—¿Como a qué, licenciado? Por aquí no hay fábricas y el comercio se ha vuelto una cosita de nada porque la gente está pobre y no compra. A los tenderos hoy les fue bien porque llegaron ustedes y hubo algo de movimiento, pero ¿mañana? A ver, dígame...

Suena un celular. Santos se aleja para contestarlo. Al cabo de una breve conferencia vuelve junto a Márquez:

—Era el candidato. Le dije que ya íbamos en camino porque le urge verte—. Mira el reloj: —Vamos colgadísimos.

—Qué pena que los haya entretenido—. Lugarda camina junto a Márquez, hacia la camioneta: —¿Entonces...?

—El lunes tiene aquí sus fotos—. Márquez abre la portezuela: —Me dio mucho gusto verla. Y la felicito por su memoria.

—Me acuerdo de todo, hasta de lo que nos dijo don Rodrigo hace diecisiete años: “Este pueblo no se queda solo. A él me unirá siempre el amor al progreso”. En la mañana, cuando habló su hijo, se me figuró que quiso decirnos lo mismo, nomás que en chiquito: “Sólo progreso”. Lugarda suelta una carcajada: —Le aseguro que el candidato de tercera generación nos echará un discurso todavía más corto: